



Tu reflejo por el espejo

Tu reflejo por el espejo

Había una vez un día cualquiera, de esos que parecen no prometer nada especial, pero que terminan quedándose grabados para siempre. El cielo estaba despejado, el sol jugaba entre las nubes, y el viento suave traía consigo el aroma dulce de las tardes tranquilas. Él caminaba junto a ella, sin prisa, como si los pasos se acomodaran al ritmo de su respiración. Iban tomados de la mano, compartiendo risas, palabras, silencios... y esa complicidad que solo nace cuando dos corazones se reconocen sin decirlo.

—¿Un helado? —preguntó ella, con esa sonrisa que desarmaba cualquier intento de negarse. Él asintió. Y sin saberlo, esa decisión sencilla los llevó al escenario de uno de los recuerdos más hermosos de su historia.

La heladería era pequeña, de esas que parecen detenidas en el tiempo. Las paredes estaban adornadas con cuadros antiguos, las luces eran cálidas, y en el rincón más apartado había una mesa frente a un gran espejo. Se sentaron ahí, sin sospechar que aquel espejo guardaría algo más que su reflejo: guardaría la esencia de un amor que brillaba incluso en lo cotidiano.

Ella se acomodó el cabello detrás de la oreja, y mientras lo hacía, él la observó a través del espejo. No podía evitarlo. Era como si verla de frente no bastara; necesitaba contemplarla desde todas las perspectivas posibles, incluso desde el reflejo. En el cristal, su rostro parecía más sereno, más perfecto, como si el espejo entendiera lo que él sentía y quisiera mostrarle su versión más pura. La música del lugar era suave, con un tono melancólico, casi romántico. Cada nota parecía

bailar con los recuerdos que venían a su mente: los primeros mensajes, las noches de desvelo, las risas compartidas, los abrazos que curaban todo sin necesidad de palabras.

Mientras ella hablaba, él apenas podía concentrarse. No porque no le interesara lo que decía, sino porque su mente vagaba entre lo que eran y lo que habían sido. Cada vez que ella sonreía, el corazón le temblaba un poco más. Había algo en su voz que lo hacía sentir en casa. Y en ese instante, mirando su reflejo, comprendió algo que nunca antes había pensado: que a veces, uno no se enamora solo de una persona, sino también de la forma en que la vida se ilumina cuando ella está cerca.

Pidieron sus helados. Ella escogió el de fresa, él el de vainilla. Y entre risas, se burlaron de sus elecciones, como si el mundo no tuviera nada más que importar. Pero mientras la cucharita rozaba el helado y ella jugaba distraída con su cabello, él la miró otra vez por el espejo. Y ahí fue cuando lo sintió: un estremecimiento leve, casi invisible, pero profundo. Era amor. No de esos que gritan o prometen, sino del que se siente en silencio, cuando todo alrededor desaparece y solo queda ella, en su reflejo, en su risa, en su manera de existir.

La música cambió a una melodía más sentimental, una de esas que parecen escribir la historia de quienes se aman sin saber explicarlo. Él se quedó quieto, observándola. Y en su mente, comenzaron a cruzarse todos los momentos vividos: los días de alegría, las peleas que dolieron, las reconciliaciones que supieron a eternidad, las promesas hechas en medio de risas, y los abrazos que parecían detener el tiempo. Cada recuerdo era una chispa que encendía algo dentro de él. Porque verla ahí, tan cerca y tan lejos a la vez —a través de un espejo— le hacía entender que el amor verdadero no necesita grandes escenarios, solo miradas sinceras y corazones dispuestos a sentirse.

Ella notó que él la observaba y sonrió.
—¿Qué ves? —preguntó, con ese tono dulce que siempre lo desarmaba.
Él sonrió también, intentando ocultar lo que sentía.
—Tu reflejo —respondió—. Pero lo curioso es que no sé si el espejo te muestra a ti... o a lo que yo siento por ti.

Ella rió suavemente, sin entender del todo lo que él quiso decir, pero con el alma temblando igual. Afuera, el cielo comenzaba a teñirse de un naranja suave. La tarde caía, y el reflejo del sol se mezclaba con el de ella en el espejo, formando una escena tan perfecta que parecía pintada por el destino.

Él pensó entonces que tal vez eso era el amor: un reflejo eterno que ni el tiempo ni los años logran borrar. Porque aunque la vida cambie, aunque los caminos se separen o se unan mil veces, siempre quedará esa imagen guardada en algún rincón del alma: la de ella, sonriendo, reflejada por un espejo en una heladería cualquiera, mientras el corazón, sin pedir permiso, se rendía por completo.

Y así, aquel día que empezó con un simple antojo de helado se convirtió en un recuerdo infinito.
Un reflejo que sigue vivo cada vez que cierra los ojos y vuelve a verla ahí, frente al espejo, tan hermosa, tan suya... tan eterna.